

## CAPITULO II.

Cuanto leer he podido,  
Y relatos que han hecho  
Prueban que el gozo perfecto  
Rara vez fué premio fijo  
Del amoroso delirio.

SHAKSPEARE. *El sueño de la  
noche del estío.*

El pasage célebre puesto á la cabeza de este capítulo se funda en la experiencia, como muchas otras observaciones del mismo autor. La época en que se siente con mas fuerza el amor rara vez es cuando hay mas esperanza de ver un desenlace feliz. El estado artificial

de la sociedad presenta una multitud de obstáculos para que uno se pueda casar al principio la juventud, y la mayor parte de ellos vienen muchas veces á ser insuperables. Pocos hay que puedan referir sus pensamientos á los primeros sucesos de su vida, sin hallar algunos instantes en que un amor verdadero haya sido rechazado, descubierto, ó inutilizado por circunstancias contrarias. Estos cortos pasages de nuestra historia secreta dejan en nuestro corazon una traza romancesca, que apenas nos permite en una edad mas avanzada, y en medio del tumulto de los negocios, oír con entera indiferencia el relato de un amor verdadero.

Julian Peveril habia dado su corazon de un modo capaz de asegurarse parte en los obstáculos que con tanta frecuencia encuentra un afecto concebido muy temprano. Su conducta sin embargo habia sido enteramente natural. Al principio de su residencia en la isla de Man, mistress Debbitch encontró por acaso al hijo de su antigua ama, de cuya infancia habia cuidado. Julian pescaba

en el riachuelo de que hemos hablado, y que atravesaba el valle donde Debora vivia con Adelaida Bridgenorth. La curiosidad del ama descubrió bien pronto quien era este joven, y ademas del interés que toman las mugeres de esta clase por lo comun á los jóvenes que han educado ellas mismas, se alegraba en vista de la ocasion que le proporcionaba hablar del tiempo antiguo, del castillo de Martindale, de sir Geoffrey, de su esposa y de los conocidos que tenia en las inmediaciones, sin olvidarse del guarda bosque Lance-Outram.

El gusto de responder á sus preguntas apenas hubiera bastado para obligar á Julian que repitiera sus visitas al valle solitario; pero Debora tenia una compañera, una doncella joven muy linda, educada en la soledad, y que tenia los gustos y modales sencillos que inspira la misma. No carecia esta joven de talento ni viveza, tenia tambien preguntas que hacer, escuchaba con sonrisa y miraba con agrado todo lo que contaba Julian del castillo y la ciudad.

Mistress Debora habia mostrado bastante

buen juicio en impedir que Julian viniese con frecuencia á Blackfort, lo que tal vez debió inspirarle el temor de perder su colocacion caso de venir á descubrirse. Es verdad que ella confiaba mucho en la creencia muy arraigada y casi supersticiosa del mayor Bridgenorth, sobre que la salud de su hija exigia necesariamente encargarse al cuidado de una muger instruida por lady Peveril en el modo de tratar la enfermedad que tanto habia temido padeciese Adelaida. Debora tuvo bastante habilidad para sacar todo el partido posible de esta creencia, hablando siempre en tono de oráculo sobre la salud de la niña que se le habia confiado, y dando á entender con cierto misterio se debian seguir ciertas reglas indispensables para mantenerla en buen estado.

Por medio de este artificio, habia logrado un establecimiento particular para ella y Adelaida en Blackfort; porque la primera intencion del mayor Bridgenorth habia sido que su hija y el aya vivieran en compañía de su cuñada, la viuda del desgraciado coronel Christian. Pero una vejez anticipada por la pesadumbre gravita-

ba sobre esta dama, y con una corta visita que la hizo el mayor, se dejó persuadir con bastante facilidad de que Kirk-Truagh era una morada muy triste para su hija, porque mistress Debora, que rabiaba por vivir independiente, no habia dejado de infundir cuidado al mayor con respecto á la salud de Adelaida. — La casa de Kirk-Truagh, le dijo ella, está muy expuesta á los vientos de Escocia, que no podian menos de ser muy frios por venir de un pais donde habia nieve y hielo en lo lleno del verano. En una palabra, ella ganó, y se la puso en plena posesion de Blackfort, casa que, como la otra de Kirk-Truagh, era en otro tiempo de Christian, y ahora de su viuda.

Se encargó, no obstante, al aya, que llevara de tiempo en tiempo la señorita Adelaida á Kirk-Truagh, y se contase siempre á las órdenes y bajo la inspeccion de mistress Christian, resto de sujecion reputado por mistress Debora como un yugo bastante pesado, que se esforzó aligerar tomándose todas las libertades que osaba permitirse, conservando sin duda la misma inclinacion á la independenciam

que habia tenido en el castillo de Martindale, resistiendo á la autoridad de mistress Ellesmere.

Esta disposicion generosa de rebelarse contra todo lo que se le oponia, fué causa de que hiciese adquirir ocultamente á Adelaida algunas habilidades que el genio severo del puritanismo habria prohibido. Se aventuró á que aprendiera la música, y aun el baile; y el retrato del grave coronel Christian temblaba sobre la emsambladura de que estaba colgado, cuando Adelaida, tan lista como un duende, y la pesada Debora, ejecutaban varias danzas al son de un violincillo donde aserraba M. Pigal, medio contrabandista y medio maestro de danza. Llegó á los oidos de la viuda el ruido de esta abominacion, que ella hizo saber al momento á Bridgenorth; y la llegada repentina del mayor á la isla de Man probó la importancia que daba él á esta noticia. Si mistress Debora se hubiese abandonado á sí misma en este dia, habria sido el último de su autoridad; pero se encerró en su fortaleza acostumbrada.

—La danza, le dijo ella, es un ejercicio arreglado y medido por la música, y la misma razon dicta ser el mas util para la salud de una joven, pues que se puede tomar en casa, cuando no se puede salir por el mal tiempo.

El mayor frunció el entrecejo al oir esta apologia de la danza, y se dejaba ver en su frente una espesa nube; pero mistress Debora que tocaba tal cual la viola, queriendo dar un ejemplo en apoyo de su doctrina, se puso á tocar un rondo de Sellenger, y dijo á Adelaida que danzara y guardase bien el compas. La muchacha, que tenia catorce años escasos, medio medrosa y medio risueña, comenzó á moverse con gracia, en tanto que la vista de su padre segnia, contra su voluntad, cuantos movimientos hacia, mirando al mismo tiempo con gusto los colores que acudian á realzar el rostro de su hija. Cuando se acabó la danza, la estrechó con ternura entre los brazos, le separó con la mano los cabellos que caian por la frente, la besó con el cariño de padre, y se fué sin hablar una palabra que prohibiese un ejercicio tan saludable. No comunicó á mistress

Christian el resultado de su visita á Blackfort; pero ella no tardó en saberle. El triunfo era muy grande para que Debora le pudiera ocultar.

— Muy bien, le dijo la vieja señora en tono severo la primera vez que fué á Kirk-Truagh, mi hermano te ha permitido que formes de su hija una Herodías, haciendo que aprenda la danza. Ya no te queda mas que buscarla un marido: en cuanto á mí, no quiero meterme otra vez en lo que tienes á tu cargo.

En realidad, el triunfo de la señora Debora, ó, por mejor decir, la señora Naturaleza, tuvo en esta ocasion consecuencias mas importantes de lo que pudiera pensarse; porque mistress Christian, aunque recibia con todo el decoro posible las visitas que el aya y su discipula le hacian, conservaba al parecer tanto enojo al ver el poco efecto que habia producido su reprobacion por el enorme pecado que cometia su sobrina en bailar al son de un violincillo de faltriguera, que habia resuelto no volverse á mezclar, como lo habia practicado hasta entonces, en cuanto perteneciese á su educacion; y dejó á mistress Debbitch, única dueña

para dirigirla como quisiera, lo mismo que los negocios de la casa, lo que no fué para Debora poco motivo de contento.

Vivian ellas en este estado de independencia cuando Julian se presentó por la primera vez en Blackfort, y mistress Debbitch le infundió tanto mas ánimo para repetir sus visitas, cuanto que pensaba era el último hombre del mundo, con quien mistress Christian hubiera querido tuviese su sobrina algunas relaciones, porque el feliz espíritu de contradiccion de Debora la impedia en esta ocasion como en muchas otras examinar mas de cerca lo que era mas conveniente. Sin embargo no dejó de obrar con cautela: sabia le era necesario tener que guardarse no solo de una fantasia de mistress Christian en observar sus acciones con atencion, sino contra la llegada repentina del mayor Bridgenorth, que nunca dejaba de venir á Blackfort una vez al año, cuando menos se le esperaba, y pasar allí algunos dias.

Mistress Debbitch exigió pues de Julian que sus visitas no fuesen frecuentes ni próximas una de otra; que dijese era pariente suyo para

con dos criadas ignorantes y un lacayo joven que completaban el total de la casa, y que siempre viniera vestido de pescador, de simple *loughtan*, es decir, de una tela hecha con lana de la isla, color de búfalo. Con estas precauciones, creyó ella que sus visitas á Blackfort no llamarían la atención, ó que no se les daría importancia, al paso que por ellas serían de mucha diversion tanto á su discípula como á ella misma.

Esto fué lo que sucedió al principio, cuando Julian casi no era mas que un niño y Adelaida otra niña de dos ó tres años menos que él. Mas el niño vino á ser un joven, la niña una muger hecha, y Debora tuvo todo el juicio necesario para conocer que tal intimidad continuada sería peligrosa. Aprovechóse por tanto de una ocasion favorable para instruir con exactitud á Julian quien era miss Bridgenorth, y de las circunstancias que habian concurrido á sembrar la discordia entre sus padres respectivos. Julian oyó con interés y extrañeza la historia de sus disputas, porque habia morado por intervalos en Martindale, y

nunca se habian tratado estas materias en presencia suya. Acaloróse su imaginacion con el relato, y muy lejos de someterse á los prudentes avisos de mistress Debbitch, y de visitar con menos frecuencia á Blackfort, y á la que vivía en la tal casa, la declaró con franqueza que no debiendo sino al acaso el principio de su intimidad con Adelaida, miraba este accidente como un anuncio de la voluntad del Cielo; que la Providencia destinaba el uno para el otro, y que se verían unidos á pesar de los impedimentos que pudieran suscitar la animosidad y las prevenciones. Habian sido compañeros en la niñez, y no habia necesitado mas que un ligero esfuerzo de memoria para recordarle todas las pesadumbres que él habia padecido, cuando desapareció repentinamente su compañerita, que le estaba reservado verla otra vez algun dia brillante con todo el esplendor de la adolescencia.

Dehora quedó confusa oyendo esta declaracion, y se estremeció á vista de las consecuencias que de ella podían resultar. Lo que acababa ella de decir no habia hecho mas que

prestar nuevo alimento á una pasion que se lisongeaba poder prevenir ó apagar. No tenia bastante talento para resistir á las réplicas vigorosas y enérgicas de una inclinacion apasionada, ya porque se le dirigian á ella misma, ya que tuviese otra persona por objeto. Lamentóse, habló de su admiracion, y su debil oposicion acabó por el llanto, por compasion y consentimiento dado para que Julian continuara viniendo á Blackfort, con tanto que nunca tratara con Adelaida sino como amigo, porque por el mundo entero no permitiria ninguna otra cosa. No era sin embargo tan simple que no tuviese presentimientos sobre los designios de la Providencia en favor de este par de jóvenes; porque, á la verdad, parecian haberse formado para unirse tanto como los hermosos dominios de Martindale y Moultrassie.

Vino entonces una larga serie de reflexiones: solo faltaba reparar un poco el castillo de Martindale para dejarle en tan buen estado como el de Chalsworth. Se podria dejar arruinar á Moultrassie-Hall, ó, lo que seria mejor,

cuando muriese sir Geoffrey (porque el buen caballero habia trabajado y padecido mucho, y al presente debia estar muy cascado), esta habitacion podria servir para la condesa madre, lady Peveril, que se retiraria con mistress Ellesmere, en tanto que ella, mistress Debora Debbitch, emperatriz de la cueva y soberana de la despensa, reinaria en el castillo como ama de gobierno, y tal vez partiria el trono con Lance-Outram, como no estuviese ni viejo por demas, ni demasiado gordo, ni muy dado á la cerveza. Estos eran los sueños consoladores á los que mistress Debora debia el ver con una especie de conivencia, una inclinacion amorosa, que proporcionaba sueños no menos agradables á su discípula que á su joven amante, aunque de otra especie.

Fueron mas frecuentes de dia en dia las visitas del joven pescador; y Debora, muy apurada, porque preveia todos los peligros que seguirian á una descubierta, y el riesgo de una explicacion probable entre Adelaida y Julian, se reconocia enteramente subyugada por el entusiasmo del amante, y se miraba en la necesi-

sidad de esperar con paciencia el curso de los acontecimientos.

La partida de Julian para el continente interrumpió sus visitas de Blackfort, y en tanto que su ausencia libraba á la mas anciana de las dos personas que allí moraban de una gran parte de sus temores ocultos, difundia un abatimiento y languidez por las facciones de la mas joven, con lo que se renovaron todos los temores de Bridgenorth en cuanto á la salud de su hija, la primera vez que vino despues á la isla de Man.

Debora le prometió que su hija tendria mejor cara al dia siguiente por la mañana, y cumplió su palabra. Tenia guardada desde cierto tiempo una carta que Julian habia enviado por conducto particular, con doble sobrescrito, para su amiga. La prudente aya temia las consecuencias de entregársela como un billete amoroso; pero visto lo sucedido con el baile, no halló ningun inconveniente en administrarla como remedio.

Produjo la carta el efecto deseado y á la mañana apareció en las mejillas de la donce-

lla un tinte color de rosa de tanto gusto para su padre que al montar á caballo puso en la mano á Debora un bolsillo bien provisto, encargándole no careciese de nada que pudiese contribuir á su bien y al de su hija; y asegurándole que gozaba ella de toda su confianza.

Esta señal de liberalidad, y esta confianza por parte de un hombre de un genio tan reservado como el mayor Bridgenorth, despertaron todas las esperanzas de mistress Debbitch, y la animaron no solo á entregar á Adelaida otra carta de Julian, sino á fomentar mas á las claras que nunca la intimidad de los dos amantes cuando Peveril dió la vuelta.

En fin, á pesar de todas las precauciones de Julian, el joven conde sospechó que las frecuentes excursiones que su amigo hacia solo, tenían otro objeto distinto de la pesca; y el mismo Julian conociendo mas el mundo que antes, comenzó á considerar que sus visitas continuadas á una persona tan joven y bella como Adelaida, y sus paseos con ella, podian no solamente descubrir el secreto de su aficion, sino